

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05 "
idem atrasado.....	0,10 "

Advertencia importante.

Desde esta fecha el pago de suscripciones para los suscriptores de fuera de la ciudad puede hacerse en la Cerería de D. Elias Galán, calle del Comercio, número 82, quien también recibe suscripciones nuevas.

Pastel republicano.

Una comisión de obreros presentó al Municipio, ó la apoyó, una moción pidiendo el derribo de las casas que forman el chaflán de las Cuatro Calles, Corderías y Comercio. Se levantó gran marejada con este motivo, y mientras unos velan en el asunto la ganancia y prosperidad de los obreros y de la población, otros creían ser negocio conveniente para el Sr. Benegas, y de aquí los dimes y diretes.

El jueves último se votó la moción en el Ayuntamiento.

El Sr. Solás, Concejel republicano, creyó que era beneficiosa para los obreros y votó en su favor; hizo bien.

El Sr. Bejerano, Concejel republicano, creyóla perjudicial y votó en contra; hizo bien.

El que obró mal fué el partido republicano, que combate en el periódico la moción como perjudicial y la aprueba en el Municipio como beneficiosa.

No se engaña al público así como así, señores republicanos; si vuestros Concejales hubieran acudido á la votación, hubierais estado en mayoría. No fueron, pues vosotros sois los que habéis aprobado, porque de vosotros dependía.

¿Era perjudicial la moción para los intereses de Toledo? Pues haberla echado abajo. ¿Era beneficiosa? Pues no haber dicho nada en el periódico contra ella, no haber mordido á los de arriba y ofendido á los de abajo.

A no ser que el periódico ese no sea órgano del partido republicano, sino de unos cuantos caballeros que están á la que salta y no saben lo que traen entre manos.

¿Es que no se atrevió el partido republicano á votar en contra por no disgustar á los obreros? Pues al obrero, cuando lleva razón, se le da siempre, cueste lo que cueste, y cuando no la lleva, se le dice clarito, sin ambages ni rodeos. Esto es lo decente, lo noble, lo honrado, todo lo demás es engañarlo y ser hipócritas.

ALAS DE CERA

¡Eureka!, exclamó el sabio químico dejando escapar un hondo suspiro de satisfacción y aspirando con fruición las aromosas emanaciones que desde el próximo jardín subían hasta el salón donde se hallaba instalado el laboratorio.

Largo y penoso trabajo había costado al químico su descubrimiento, un descubrimiento portentoso llamado á tener una extraordinaria resonancia en el mundo. Mas al fin, después de haber preparado por sintéticos procedimientos infinda de cuerpos orgánicos y de pasar largas horas entregado á investigaciones microscópicas, cuando menos lo esperaba, surgió la solución del problema perseguido. ¡Y qué problema!

Tratábase nada menos que de hacer sangre artificialmente, sin que el líquido hemático obtenido en el laboratorio tuviese diferencias respecto del existente en el interior de nuestro cuerpo. Y como la resolución del asunto llevaba aparejada la de la generación espontánea ó provocada; pues en la sangre hay multitud de elementos, de células, dotadas de vida, el despejar la incógnita suponía realizar la más grande revolución científica conocida de los tiempos. No obstante, no cabía dudar del feliz resultado experimental, porque lo tenía delante de los ojos. En un

tubo de ensayo encerrábase un líquido espeso, rojo, de olor *sui generis*: sangre.

Recreándose en la vista del cilindro y cristalino tubo, imaginábase el químico que, á fuerza de constancia, lograrla hacer con los demás tejidos componentes del hombre lo ya hecho con la sangre; pensaba que, por una suprema síntesis, tal vez podría reunirlos todos y formar un hombre, imitado la obra de Dios. Esta idea soberanamente halagadora, aunque terriblemente herética, sumía al investigador en un ensimismamiento voluptuoso. Discrimin en que cae toda persona olvidadiza de su propia insignificancia y pequeñez.

Mi nombre será inmortal—dijo,— y cual si estas frases recopilasen todas sus ambiciones, sin ansiar nada más, quedose meditando, en quietud, é inclinada la cabeza sobre la gran mesa donde tenia los microscopios, las preparaciones, los reactivos, fatigado por la emoción recibida y por el continuo trabajar, se durmió profundamente.

Al poco rato comenzó á soñar. Soñaba que sus utópicas esperanzas habíanse convertido en tangible realidad. Tras prolijas y afortunadas tareas iba obteniendo sucesivamente músculos, nervios, tendones, ganglios, todo cuanto integra el cuerpo humano. Ya no faltaba sino juntar los materiales, hacer órganos, crear un brazo, formar un corazón, y una vez hecho esto, aplicar el *radium* para vivificar el amasijo. El triunfo era indiscutible.

Con febril ansiedad quiso poner manos á la obra acto seguido y se dirigió hacia un armario lleno de frascos rotulados, con reactivos. Al hacerlo notó con sorpresa que los frascos habían desaparecido y que en su lugar había un gran matraz, cuyo rótulo decía: «*Esencia de alma. Se da gratis en la Farmacia Divina, pero no se vende á ningún precio. Esta esencia es necesaria para hacer hombres.*»

El sabio leyó atónito aquel extraño letrero y palpitante de alegría, pues supuso que con la tal esencia alcanzaría sus propósitos, cogió el matraz, lo destapó..... y estaba vago.

Una fuerte sacudida hizo despertar. Nada había variado. Percibíanse las aromosas emanaciones de los rosales abiertos en flor por el aura primaveral; un haz de luz se filtraba á través de las ventanas del laboratorio, y el tubo de ensayo seguía en la gradilla que le servía de sostén.

«Comprendí—dijo el investigador al recordar su sueño,—queremos renovar la hazaña de Icaro sin reparar en que nuestras alas son de cera.» Y en un arranque de hermosa resolución, se levantó, cogió el tubo y lo lanzó contra el mármoleo piso del laboratorio.

A. Fig.

Los Religiosos y la clase obrera.

Por el estudio comparativo del *pauperismo* en Europa, según la lógica infalible de los números, se demuestra evidentemente que el pauperismo aumenta con la supresión de los conventos. En España, donde antes de la Revolución eran tan numerosos los conventos, contábase un pobre por cada 35 habitantes. En Italia y Austria, donde también abundaban los conventos, existía un pobre por cada 25 individuos. En Francia, uno por 20. En Inglaterra, donde no había religiosos, se contaba un pobre por cada 6 habitantes, y en Londres la tercera parte de la población.

Si alguien juzga que el aumento del pauperismo no proviene de la supresión de los conventos, oiga lo que dicen los ministros anglicanos de la Universidad de Cambridge: «La supresión de los monasterios fué una desgracia cruel para Inglaterra, y las circunstancias actuales exigen imperiosamente el restablecimiento de instituciones análogas entre nosotros.»

Otro autor confirma esto mismo con las siguientes cifras aterradoras:

«Cuando Inglaterra mantenía 25.000 personas consagradas á Dios por el voto de pobreza voluntario, había paz y libertad para todos. Cerrados los conventos, aumentaron tanto el vicio y la miseria, que las estadísticas oficiales llegaron á contar 100.000 criminales en las cárceles; 100.000 vagos, 20.000 mendigos en las calles de Londres; 30.000 ladrones; 100.000 mujeres públicas, y cerca de 3.000.000 de necesitados, mantenidos por la llamada constitución de pobres. ¡Restituid á Inglaterra los 25.000 religiosos y veréis reducirse tanta miseria á proporciones muy llevaderas!»

Crónica social.

Que el socialismo y el catolicismo son entre sí absolutamente incompatibles, lo prueban expresiones de los más autorizados socialistas: «Queremos en política la república, en economía el socialismo, en religión el ateísmo: ha dicho Babel, y el *leader* del socialismo dijo ante el Parlamento alemán en 1876: «Es una utopía creer que la revolución socialista se pueda hacer mientras las masas tengan la creencia en Dios; es, pues, deber nuestro trabajar con entusiasmo y sin cesar hasta destruir la fe religiosa.» Por principio, decía uno de los órganos del partido socialista alemán, el «*Volksstaat*», somos enemigos de la Iglesia y de los bonetes, y esto sobre el solo hecho de que somos ateos; añadiendo dijo ante el número: «nos esforzaremos siempre en ser muy impíos; nadie es digno del nombre de socialista sino es ateo y si no dirige sus esfuerzos á propagar el ateísmo». Por fin, un socialista vociferaba: «¡El cielo! ¡No queremos tratos con él; lo que deseamos es el infierno con todas las voluptuosidades que le preceden! Nosotros regalamos el cielo al Dios de los papistas.»

En un país protestante, en su gran mayoría, frente á un enemigo tan formidable y decido, grandes dificultades debieron ofrecerse en un principio á la acción católica para extender su salvadora influencia por todo tan manifiesto. Pero con elementos bien dispuestos, con funciones perfectamente señaladas y con una independencia en su campo especial de maniobras, logró realizar lo que hoy nos parece asombroso, de tal suerte, que parecen inspiradas en su conducta aquellas palabras de Pio X: «poco importa agitar inútilmente múltiples cuestiones y disertar con elocuencia sobre los derechos y deberes, si á todo esto no sigue la acción. La acción, hé aquí lo que reclaman los tiempos presentes; una acción que conduzca sin excepción á la observancia integral y escrupulosa de las leyes divinas y de las prescripciones de la Iglesia, á la profesión pública y valiente, al ejercicio de la caridad bajo todas sus formas». Y claro es que, tratándose de ponderar las funciones sociales, consideradas en este concepto, corresponde á las distintas clases de la sociedad, el Clero católico había de figurar en primer término, y su misión había de ser fundamental y la que sirviese al mismo tiempo de ejemplo.

Es un hecho innegable que de la impopularidad en que ha caído el Clero, de la mayor parte de nuestros países, nace generalmente ese desvío por parte del pueblo de toda clase de prácticas religiosas y, por consiguiente, una inmoraltad fecunda en males sin cuento, de tal suerte, que podemos afirmar que pueblo en donde el Clero se desprestigia, ese pueblo se hulla perdido. Reichl (citado por Hitz en su obra *El problema social y su solución*), se expresaba hace ya mucho tiempo en los siguientes términos: «No debemos atribuir solamente á uno de los bandos la culpa de ese alejamiento en que viven las clases bajas con relación al Clero, y la desconianza que en ellas engendra, por un lado la vida relativamente cómoda que éste lleva, y por otro el escaso interés que

demuestra por acrecentar el bienestar material de aquellas clases; aunque de todos modos, es preciso reconocer que en este punto los alemanes somos los menos culpables. En una ocasión visité yo una fábrica de hilados en la que trabajaban día y noche 1.500 obreros y operarias. Á menos de cien pasos de la fábrica había un convento de religiosas en el que vivían gran número de éstos ocupados en la cura de almas. En él traté de adquirir informes acerca del estado de la fábrica, de los jornales, del estado de la higiene, de la moralidad y de las tendencias religiosas de los trabajadores y operarias; nadie supo darme razón, porque ninguno de aquellos buenos varones había pisado los umbrales del establecimiento que estaba abierto para todo el mundo. Los trabajadores no hablan ido á ver á los religiosos y, por consiguiente, habían hecho éstos lo propio con sus vecinos. Sin duda en su regla no rezaba el principio de que, «si el monte no viene á Salomón, es preciso que Salomón vaya al monte». Y terminaba diciendo: «Si el Clero quiere tomar parte en la noble empresa de resolver la cuestión magna de los trabajadores, es preciso que haga los estudios que tan difícil asunto reclama para que en todo tiempo pueda prestar su cooperación y ayudar con su atinado consejo.»

Transcribimos esta autorizada opinión con el sólo propósito de presentar á nuestros lectores la manera como se entendió desde un principio en Alemania la verdadera misión del Clero católico en el conflicto social, y la universal acogida que allí tuvieron las frases del Sumo Pontífice León XIII dirigidas al Obispo de Lieja en Mayo de 1893: *Conviene, sobre todo, que exhortéis á vuestros Sacerdotes para que vayan al pueblo: ya no pueden quedar encerrados en sus Iglesias y Rectorales: hay que animarlos del espíritu apostólico de San Francisco Javier, el cual iba sin descansar de una á otra parte predicando á todos las doctrinas de Cristo. Era necesario que el Clero saliese de su inacción y pasividad, que saliese de las sacristías y se mezclase en todos los negocios y asuntos de la vida para infiltrar en ellos una religión de amor, suavizando la tirantez de relaciones que separan las dos clases, entre las cuales se mantiene el conflicto social. Y que valiéndose de medios levantados, cual conviene á personas de carácter noble, con un tacto exquisito, con extrema cautela, adaptando su acción á las circunstancias de lugar y tiempo, pues es preciso distinguir lo que puede decirse en el púlpito y lo que es más propio de la tribuna popular, contribuyera al restablecimiento de los consejos santos del Evangelio, y restablecer el justo equilibrio entre las diversas clases de la sociedad, según las leyes y las instituciones cristianas. Inspirándose en esta conducta, es como el Clero católico alemán emprendió aquella campaña brillantísima tan pronto como fueron señaladas por el Papa León XIII las fundaciones sociales propias de su misión; campaña que le hace digno de ser tenido como modelo por su abnegación y espíritu cristiano. «Clero admirable, dice Gil y Robles en su *Tratado de Derecho Político*, de fiera y santa independencia, de pobre y austera vida, pero tan rico de fe práctica y de abnegación, como de ciencia sociológica, económica y política, de efusivo amor hacia los desheredados de la tierra! En la misma proporción que abomina y huye de cortesanías intimidades y complicidades con los poderes enemigos y perseguidores, ha ido conquistando el respeto, admiración y el afecto del pueblo; y así de la estrecha y continua unión y comunicación con él, saca, como el gigante mitológico del contacto de la tierra, fuerza incontrastable para el combate, al mismo tiempo que infunde espíritu y arranques de libertad y regeneración en la masa que, sin el aliento vivificador del sacerdocio, es cuerpo inerte, materia dispuesta á toda corrupción y servidumbre.*

H. González.